

ABOGADOS ZARAGOZANOS ASISTIMOS AL «PARDON» DE SAN IVO EN TREGUIER

POR FIN, EN 1992, SE HA CUMPLIDO UN PROYECTO CUYOS INICIOS DATAN DE HACE VARIAS DECADAS

Por Miguel MONSERRAT GAMIZ



CUANDO el 14 de mayo los expedicionarios íbamos ocupando nuestros lugares en los dos autobuses que nos llevaron a Tréguier para participar en el «Pardon de St. Yves» la mayor parte no podían siquiera imaginar que asistirían a unas jornadas inolvidables, de esas que dejan para siempre una huella en la vida.

Para buscar una traducción al castellano de la palabra Pardon («pardón» en pronunciación española) hay que utilizar «romería». Pero la romería de San Ivo en Tréguier, que se celebra el domingo más próximo al 19 de mayo, fiesta litúrgica del santo, es algo bien distinto de una romería de las que en nuestra tierra se celebran.

Los actos tienen cuatro vertientes: la víspera un debate de carácter social relacionado con la abogacía: este año se trató de «¿Qué justicia esperan de nosotros los enfermos y los disminuidos?», y consistió en una reflexión sobre la «desigualdad de derechos y de deberes, según una per-

sona sea válida o disminuida (handicápée)». La presencia en sillas de inválidos de numerosos pacientes dio al acto una perspectiva humana muy próxima.

También la tarde anterior comienza la concentración de jóvenes llegados de toda Bretaña para asistir en la catedral a unos actos religiosos propios y acampar más tarde en las afueras de la ciudad para realizar un programa recreativo, principalmente musical.

Mas los actos fundamentales del Pardon tienen lugar el domingo en que la ciudad amanece sobre las brumas de sus dos puertos y del corto estuario que los lleva al Atlántico, engalanada con los variados colorines de numerosas banderas, y entre el volteo de las campanas catedralicias tocando a gloria. Son la misa solemne en la catedral y la procesión a Minih.

Bella catedral de granito, de estilo ojival, con una torre y otros vestigios de la catedral románica que precedió a la ac-

tual, y un claustro gótico del siglo XV en el que crecen flores en un jardín bien cuidado. Complemento de un conjunto arquitectónico excepcional. En la nave del lado del evangelio de la catedral se encuentra la reconstruida tumba y el mausoleo de San Ivo, que fueron destruidos durante la gran Revolución; en el día de la fiesta se encuentra materialmente cubierta de flores e iluminadas con cientos de velas. En la capilla de los duques de Bretaña, tres grandes ventanales góticos con sendas vidrieras que ofrendaron hace algunos años los abogados franceses, estadounidenses y belgas.

En la catedral se reserva asiento a los abogados que acuden de variadas procedencias, siempre que vistan toga. Este año, aparte un numeroso grupo de abogados franceses, asistió una representación de los de Polonia, de los de Canadá (Montreal), varios de Inglaterra, una veintena de Namur (Bélgica) y por primera vez un grupo de una cincuenta de Zaragoza. (Yo asistí en solitario al de



1990, como avanzadilla, y fui acogido como «rara avis», ya que nadie sabía del excepcional —entre los de Colegios de España— patrocinio de San Ivo sobre el Colegio de Zaragoza, y menos de su remota antigüedad). Por eso los periódicos locales se hicieron eco en uno y otro caso de la presencia española; en esta última ocasión con relevante presentación tipográfica y numerosas fotografías.

Se llevó como enseña uno de los tapices o reposteros que figuran en el salón de actos del Colegio, el que tiene el escudo de Zaragoza, ingeniosamente convertido en estandarte, bajo el cuidado del colegiado Enrique Navarro Valenzuela, que lo enarboló en Tréguier. Todos los letrados en toga tuvimos asiento reservado en la Catedral, a la que era muy difícil acceder por la cantidad de público asistente.

Ante el altar mayor el párroco-arcipreste, M. Yves Le Guet, había colocado la imagen de la Virgen del Pilar que portamos los abogados de Zaragoza y que entregó el Decano, don Carlos Carnicer.

La solemnísimas misa fue presidida por el obispo de Vannes monseñor François-Mathurin Gourvés, y concelebrada por los obispos de la diócesis de Bretaña y con numerosos sacerdotes. Tres masas corales, colocadas en el brazo norte del crucero, hacen de la parte musical un concierto maravilloso.

Tras la misa se marcha en una procesión de dos kilómetros y medio hasta la iglesia de Minihi, construida sobre el solar de la fundación benéfica que creó San Ivo, a fines de siglo XII para ayudar con sus propias manos y con sus bienes a los pobres, a los enfermos e inválidos, y a los peregrinos, simultaneando sus obras caritativas con el ejercicio de su profesión de juez eclesiástico, o sea oficial que entonces tenía competencias muy amplias (era plena época feudal, en que Bretaña era un ducado independiente, el derecho romano o civil comenzaba a renacer, y las jurisdicciones seculares se iban abriendo camino frente a las eclesiales), y con el ejercicio también de la abogacía, en la forma compatible con su función de ofi-

cial, pero únicamente gratuitamente y en defensa de los pobres, las viudas y huérfanos.

Trayecto realizado a lo largo de las calles de la ciudad y del camino, todo adornado con flores y banderas puestas por el vecindario. La procesión acompaña a los restos conservados de San Ivo, salvados de la Revolución, que ocupan una urna que van llevando por relevos personas eclesiásticas y algún seglar (fuimos invitados a hacerlo, durante un trecho, el decano señor Carnicer y el firmante). Las banderas, cruces y antiguos estandartes franceses estaban acompañados sobre la campaña bretona por el repostero convertido en estandarte de los abogados de Zaragoza, formando un espectáculo brillante en una mañana luminosa y entre las calculadas por la prensa doce mil personas que concurrieron. A lo largo de todo el recorrido, una instalación de megafonía difundía el rezo del rosario y el canto en bretón de la canción de San Ivo, de letra curiosísima aunque ininteligible en su versión original, que podríamos llamar



los «gozos» de San Ivo. Su música es una pieza céltica muy antigua y muy bella, realzada por el acompañamiento del órgano y de los gaiteros.

Las señoras de Zaragoza que acompañaron a los abogados lucieron altas peinetas y mantillas de blonda negra, que contrastaban con las cofias blancas de las campesinas bretonas. La esposa del decano, doña María Angeles Cañada, fue la portadora hasta Minihi de otra imagen de la Virgen del Pilar, de tamaño algo menor que la catedralicia, que el sacerdote colocó inmediatamente en el centro del altar. Tras una breve ceremonia y el concierto de los gaiteros, la comitiva regresó a Tréguier.

Y tras el almuerzo, servido a cerca de quinientas personas por religiosas que tienen su residencia cerca de la catedral, se inició el regreso de quince horas de viaje hasta cubrir en una etapa el trayecto Tréguier-Zaragoza.

También se hizo en una etapa el viaje de ida, el jueves 14, saliendo de Zaragoza a las seis y minutos de la mañana para dar fin en Saint-Malo, la vieja ciudad amurallada que fue cuidadosamente reconstruida tras de la última guerra. Aún vimos, desde el dique de Paramé, ocultarse el sol en el Atlántico. El viernes, visita a la ciudad y después al célebre Mont-Saint-Michel. Gracias a que la dura ascensión hasta lo más alto, el claustro que se conoce por «la merveille», la efectuamos después de comer — algunos se atrevieron con la gigantesca tortilla que lleva el nombre del lugar—. A dormir, dos noches en Tréguier, y algunos, por insuficiencia hotelera, en la próxima Paimpol.

Es preciso hacer constar la especial gratitud del Colegio, a quienes, residentes en Saint-Malo como profesores, colaboraron con entusiasmo y acierto a la organización del viaje, don Carlos Navarro Valenzuela (hermano de dos colegiados) y señora.

También es preciso recordar a quienes en 1970 trataron ya de organizar este viaje al Pardon de St. Yves, que ahora se ha hecho realidad: nuestro actual decano honorario, entonces efectivo, don Rafael Pastor Botija, y el entonces «batonnier» de Guingamp, M. Marius Le Toiser, quien con su esposa Minervine, de origen español, nos ha podido acompañar en este solemne acontecimiento.

Ha sido una efemérides muy notable en la historia del R. e I. Colegio de Zaragoza: la aconfesionalidad de las instituciones españolas que declara la Constitución, no impide que se conserve y celebre una tradición colegial, como ésta de San Ivo, que tiene una antigüedad de más de medio milenio.